

Madre Gesuina es una de nosotras, ha caminado nuestros caminos, nuestros montes, con la sabiduría de los santos, con la pureza de los pequeños del Evangelio, con la fortaleza de las mujeres libres y liberadoras, y ahora es un signo de esperanza que queremos descubrir siempre más.

Ante nuestro mundo, marcado por llagas, por experiencias de soledad, de quebrantos, Madre Gesuina aparece como

modelo de vida interior: su único deseo era ser santa;

modelo de comunión: recibía a todos y comunicaba la fuerza de vivir, de esperar, de amar.

Ella nos señala hoy a los que estamos buscando el sentido, las razones últimas de la vida, lo que es esencial siempre, en todo tiempo: el amor de Dios, en que se encuentran todos los hombres.



Descubría este amor sobre todo:

- en el Crucificado, su luz, fuerza, esperanza, consuelo;
- en la Eucaristía, presencia viva de Jesús Amigo;
- en María Inmaculada, mediadora, madre, amiga.

Para realizar nuestros sueños, nuestras esperanzas, nuestros deseos de justicia, de paz, de fraternidad, Madre Gesuina nos indica el camino:

poner gestos concretos de bondad cada día, gestos de amor, de perdón, de dedicación; con simplicidad, con constancia, serenidad, con ese profundo optimismo cristiano que saca fuerzas de la certeza que Jesús ha muerto y resucitado por nosotros!

Madre María Gesuina Seghezzi murió en Bérgamo el 30 de marzo de 1963. Está sepultada en la Casa Generalicia de las Hermanas Ursulinas de la Inmaculada Virgen María, en Bérgamo.



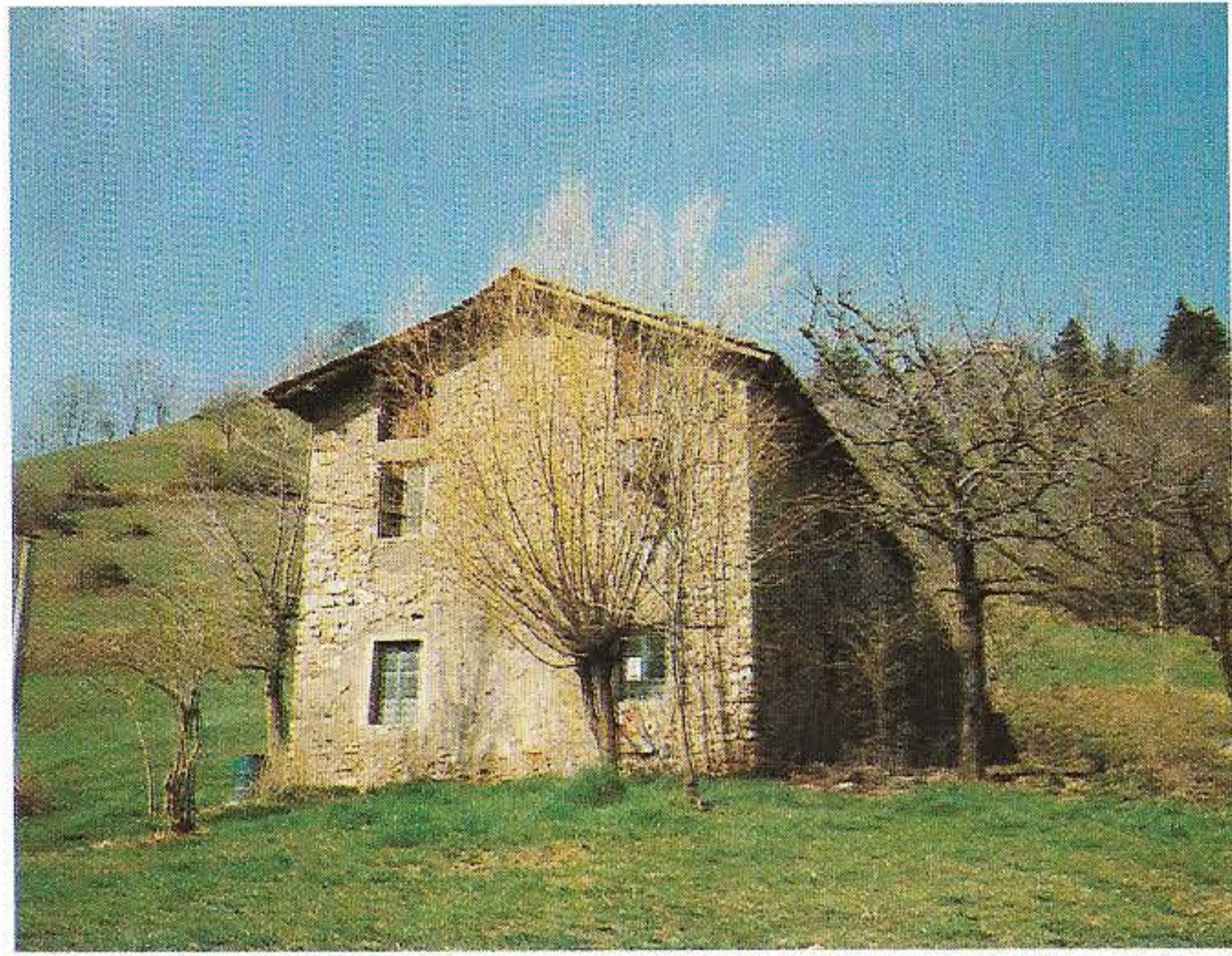
Hermanas Ursulinas de M.V.I. - Instituto «Santa Ursula»
Coronel Córdoba 951
1706 Villa Sarmiento-Haedo (Buenos Aires) - T.E. 654/6830

La ternura de Dios



en el rostro
de una mujer consagrada

MADRE MARIA GESUINA SEGHEZZI



DOMINGA SEGHEZZI nace el 18-2-1882, en Prémolo (Italia), de Antonio y Margarita Titta, en un ambiente familiar rico en valores cristianos. De temple fuerte y viva inteligencia, reveló pronto una capacidad de entrega a Dios que la hizo estar pronta, a sólo 12 años, a adherir a la propuesta de consagración a El con el voto de virginidad, bajo la guía del Párroco, P. Angel Asperti. Participó activamente en la vida de la Parroquia, convirtiéndose pronto en guía para las compañeras que les confiaban, especialmente en la asociación de las Hijas de María.

Supo hacerse apreciar también en su trabajo, en la fábrica de Ponte Nossa, por sus dotes humanas potenciadas por valores cristianos absorbidos en la familia y la Parroquia.



Límpida, transparente
sabía adherirse con
decisión y
firmeza al bien.
Sabía descubrir
y liberar en ella
y en otros
los deseos más
profundos
de vida auténtica.

Con este bagaje de
formación humana y espiritual
partió de Premolo para ingresar en el Instituto
de las Hermanas Ursulinas, donde tomó el nombre
de Hermana María Gesuina.

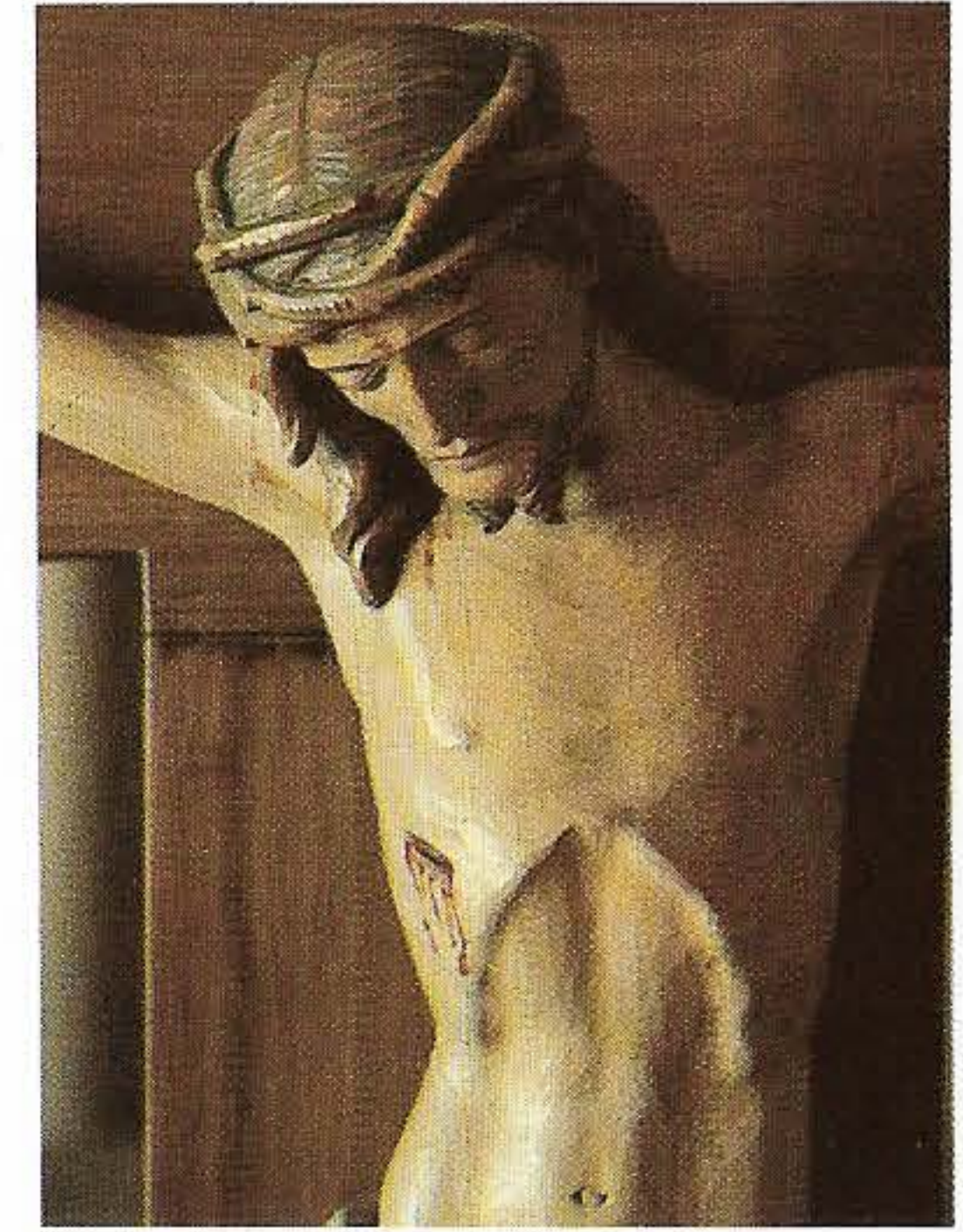
Su amor, su fuerza, su modelo de vida,
fue Jesús Crucificado.

Dejó todo para elegir lo esencial, lo que vale,
lo que llena el corazón humano, lo hace feliz,
lo realiza.

Las niñas del horfanato de Gandino confiadas a ella,
joven hermana, fueron tocadas por su bondad
de corazón, por su capacidad de intuir las necesidades
más profundas con la ternura de una madre.

En 1922 el Instituto la elige Maestra
de Novicias.

Sus cualidades de
educadora, su amor
profundo a la vida
consagrada,
la hicieron suscitadora
de deseos de santidad.



Infundía confianza, valor, a quienes
se le acercaban.

Sabía iluminar el camino e indicar con seguridad
el querer de Dios.

Muchos padres, que le entregaban sus hijas
para educar, o para iniciar la vida de consagración,
quedaban impactados por la fuerza interior
que emanaba de ella, y repetían con la certeza
de los simples:

“Es una hermana santa”.

Durante trece años fue Madre General
de las Hermanas Ursulinas, y luego Vicaria hasta
su muerte. En este período su estatura moral
halló el modo de manifestarse en toda su grandeza.

La gloria de Dios y el amor al prójimo fueron
su constante preocupación.

Abrió muchas casas en Italia y Eritrea (Africa) para
favorecer la difusión del bien y aliviar la pobreza.

Sabía construir relaciones profundas con hermanas
y laicos. Amaba la Iglesia, rezaba mucho por los
sacerdotes, para que fueran santos y numerosos.

Y la santidad brilló en su sobrino, P. Antonio,
que realizó en su vida el lema:

“Yo soy todo un don”.